Vicente Gerbasi

Nota Para un Poeta y su Poesía

Por Fernando Guillén M.
Especial Para EL TIEMPO

"MIRA, chico!..." Vicente Gerbasi, metido hasta el cuello entre el dorado clima de Caracas, hunde sus raíces gozosas en la mitad de la tarde y parece que se marcha tarde arriba. Las eses de su conversación desaparecen en la pereza amable de la ciudad, de la hora y de la invitación a mirar. Vicente Gerbasi, brevemente, como angustiado por un fantasma que maravilla y que acosa, señala las colinas del Avila. Y nosotros los colombianos creíamos que el Avila era un monte! Un solo monte! Vicente Gerbasi en Caracas y Caracas en Vicente. Yo recuerdo a este poeta que casi no es poeta, sino paisaje orgánico, a veces desorganizándose y creciendo sobre su descomposición a otra vida lírica, cumpliendo con el rito de mostrar a este amigo desvelado y asombrado, la casa pequeña y coqueta que vio la vida de Teresa de la Parra en el barrio pintoresco de la Pastora. Como se suba por una calle estrecha que se encarama hasta el azul pálido de la tierra caliente, como se cruce hacia una plaza mulata y se mire languidecer el crepúsculo, se habrá encontrado la casa de Teresa. Así la vi yo, cuando Vicente me guió hasta el final del laberinto.

"Oye, chico..."

Y Vicente Gerbasi, con el alma desnuda y mucho frío, pregunta por las calles y las gentes y las luces de una Bogotá encandilada en su propia angustia, como una cosa loca de pánico, de tedio y de prisa vital hacia déntro. Unos amigos suyos, unos hermanos suyos, le cuentan los cuentos de la ciudad encaramada. Y Vicente escucha todas las cosas y cree todas las cosas y estruja, alguna vez, un cuaderno que tiene sus poemas. Ahora Vicente Gerbasi se ha ido de la ciudad que tiene frío y angustia y unos hermanos suyos.

Y nadie sabe de dónde diablos, de qué paraísos, de qué puertos, de cuáles árboles siniestros, toma Vicente Gerbasi la miel y el fango con que amasa su poesía amorfa y soterrada. Por detrás del asombro, de las eses desaparecidas, del cabello extrañamente cano sobre una cara joven, una comarca de visiones rectas, profundas, pura materia caliente, se anuda al espíritu de Gerbasi y se anuda a nuestro espíritu cuando nos sumergimos en su canto. Claro que no es cosa de críticos ni para críticos la relación de poema a poeta que a nosotros nos acucia. Pero quién piensa en los críticos cuando se piensa en la poesía americana de Vicente Gerbasi.

Sin una liturgia evocadora, sin un anticipo de sueño sonámbulo en el lector que lo acoge, sin una previa lección íntima del espíritu, la poesía herméticamente enterrada, enfangada, de Gerbasi, no se nos llega ni se entrega a nosotros. Hay que abolir primeramente todas las razones. Sorberse todos los aires que casualmente estén cerca. Meditar en todas las sensuales apariencias de las plantas en las tardes de un trópico. Después, se puede llegar a la poesía de este capitán de "Viernes".

En Gerbasi, todo límite de afuera, del [illegible] que no es el país de la sensación, ha desaparecido y deja escapar hacia todos los rincones el aliento, el humus, de las cosas. Ni las formas, ni las apariencias son aquí verdaderas. Todo se deshace en el marasmo calenturiento de la materia que grita y hierve en un gran crisol que es el mundo. Y el espíritu llega al hervor y se confunde con sus emanaciones y burla al racional y al comparador y al dialécitco. Qué le importa la razón a la poesía, larga, perezosa, desesperada y casi desapercibida de Vicente Gerbasi.

Una desesperación luminosa, con luces de veta oscura de mina, inicia la canción de Vicente. Aquí está este verso, tomado de su "Vigilia de Náufrago", tomado al azar o a la deriva: "Una espiga se alzaba hasta la media noche y un minero sin ojos lastimaba raíces".

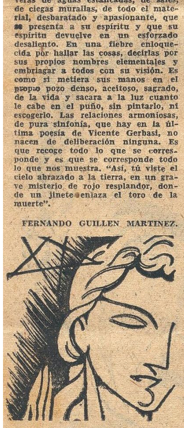
Es un tiempo, sin más ruta que la que enseña el afán, ni más enseña vital que la de agitar la visión con las cosas vistas, en un melancólico caleidoscopio. En Vicente Gerbasi el amor no es una mujer poética. Sino un mundo entero, todo lo que ha visto y asido al despertar durante largos años por los sitios de su América recién descubierta en su sangre de inmigrante. El padre de Gerbasi es italiano. Y un día llegó a ese sitio verde y extraño que el mar Caribe dibuja entre Margarita y Curazao y la Costa Firme de Venezuela. Paisaje para desvelarse y herirse y enamorarse.

Más tarde aparece la melodía. La melodía italiana, venida a manos españolas de las "liras" y cortejada por la siniestra presencia del paisaje de América. Gerbasi se enamora perdidamente del paisaje.

Aún en "Liras", que cabalga doradamente sobre los metros clásicos, Gerbasi encuentra sitio y tiempo para la materia de la tierra y del cielo que lo devoran.

Y luégo está Vicente Gerbasi en veras de aguas estancadas, de sales, de ciegas murallas, de todo el material, desbaratado y apasionante, que se presenta a su espíritu y que su espíritu devuelve en un esforzado desaliento. En una fiebre enloquecida por hallar las cosas, decirlas por sus propios nombres elementales y embriagar a todos con su visión. Es como si metiera sus manos en el propio pozo denso, aceitoso, sagrado, de la vida y sacara a la luz cuanto le cabe en el puño, sin pintarlo, ni escogerlo. Las relaciones armoniosas, de pura sinfonía, que hay en la última poesía de Vicente Gerbasi, no nacen de deliberación ninguna. Es que recoge todo lo que se corresponde y es que se corresponde todo lo que nos muestra. "Así, tú viste el cielo abrazado a la tierra, en un grave misterio de rojo resplandor, donde un jinete enlaza el toro de la muerte".

FERNANDO GUILLEN MARTINEZ.



Mi Padre el Inmigrante

Canto VII

Tu aldea en la colina redonda bajo el aire del trigo,
frente al mar con pescadores en la aurora,
levantaba torres y olivos plateados.
Bajaban por el césped los almendros de la primavera,
el labrador como un profeta joven,
y la pequeña pástora con su rostro en medio de un
pañuelo.
Y subía la mujer del mar con una fresca cesta de
sardinas.
Era una pobreza alegre bajo el azul eterno,
con los pequeños vendedores de cerezas en las
plazoletas,
con las doncellas en torno a las fuentes
movidas rumorosamente por la brisa de los castaños,
en la penumbra con chispas del herrero,
entre las canciones del carpintero,
entre los fuertes zapatos claveteados,
y en las callejuelas de gastadas piedras,
donde deambulan sombras del purgatorio.
Tu aldea iba sola bajo la luz del día,
con nogales antiguos de sombra taciturna,
a orillas del cerezo, del olmo y de la higuera.
En sus muros de piedra las horas detenían
sus secretos reflejos vespertinos,
y al alma se acercaban las flautas del poniente.
Entre el sol y sus techos volaban las palomas.
Entre el sér y el otoño pasaba la tristeza.
Tu aldea estaba sola como en la luz de un cuento,
con puentes, con gitanos y hogueras en las noches
de silenciosa nieve.
Desde el azul sereno llamaban las estrellas,
y al fuego familiar, rodeado de leyendas,
venían las navidades,
con pan y miel y vino,
con fuertes montañeses, cabreros, leñadores.
Tu aldea se acercaba a los coros del cielo,
y sus campanas iban hacia las soledades,
donde gimen los pinos en el viento del hielo,
y el tren silbaba en lontananza, hacia los túneles,
hacia las llanuras con búfalos,
hacia las ciudades olorosas a frutas, hacia los puertos,
mientras el mar daba sus brillos lunares.
más allá de las mandolinas,
donde comienzan a perderse las aves migratorias.
Y el mundo palpitaba en tu corazón.
Tú venías de una colina de la Biblia,
desde las ovejas, desde las vendimias,
padre mío, padre del trigo, padre de la pobreza.
Y de mi poesía.

Mi Tierra

A Juan Liscano

En la yerba tostada por el día, el sueño del caballo
nos rodea de flores, como el dibujo de un niño,
mientras la fruta cae del espeso follaje plateado,
que tiembla y brilla en las cigarras de una luz
solitaria.
¿En qué edad vivo, ahora que atravieso esta soledad
de fuego,
esta tristeza donde muge el toro en lontananza,
esta nostalgia
donde el cactus crece entre las colinas y va hasta
el horizonte,
esta monótona melancolía de la paloma torcaz,
escondida,
aquí junto al río, más allá, no se sabe dónde, junto
a la muerte,
bajo el cielo límpido que transporta alguna nube
ardiente?
Ando entre derretidos espejos donde la flor se
desfigura,
donde la miel resbala por el cuerpo deforme de los
árboles,
por donde el ave pasa como un efímero temblor
del iris.
La tierra muestra sus rojas heridas, sus pedruscos,
sus cuevas,
sus grandes hormigas, sus gruesas hojas aceitosas,
sus palmas,
sus viviendas de barro, donde el hombre cuelga su
guitarra.
La gente seca en el viento del sol pieles de toro,
muele el maíz, hace el almidón, teje la fibra dorada,
mas anda como invisible, en silencio, en la
pesadumbre,
en el humo del tabaco, buscando yerbas medicinales.
Interrogo y no recibo respuesta, y sólo alguna voz,
desde una puerta oscura que guarda la pobreza,
me dice: "Cuídate de la muerte en estos campos
de la soledad",
y vuelve a esconderse, mientras el viento mueve
sus llamas,
y levanta el polvo entre las resecas espigas,
entre los ancianos que permanecen sentados junto
a la ceniza.
Nada he dicho, sólo siento el sol, silbar la serpiente;
nada he dicho aún, sólo sé que amo esta gente
sonámbula,
que del mundo sólo conoce esta tierra roja, estas
colinas rojas,
donde crece la vegetación más amarga y sedienta.
Nada sé, sólo oigo pasos, voces y cantos quejumbrosos,
y por la tarde veo que llevan un ataúd hacia la
noche.

Mientras los Niños Duermen

La noche sobre el césped
me lleva por sus árboles redondos.
La noche como un aire de ciruelas
y su caballo blanco.

Un camino de sombra y tulipanes,
de luz azul de olivos y colmenas,
sube en antiguas curvas a la aldea,
donde duermen los niños, mientras miran,
entre juncos de música en la brisa,
una lunar comarca de elefantes.

Cascadas de cristal iluminan las rocas.
Luciérnagas de frío
abren livianas grutas de campanulas,
y seres de otro tiempo,
de rojas capas sueltas a los aires,
transitan por el bosque
de lenta sombra verde y lentejuelas.

Huyen por el follaje plateados reflejos,
soplos brunos de leves mariposas,
vagos ríos dorados de polen transparente
Silencioso el rocío ilumina las flores,
las arañas extienden sus redes siderales,
y al fondo, entre la bruma,
los árboles se esfuman en suave melodía.

Arpas de las Edades,
de sombra y luz y vuelos y ramajes,
que el viento tañe allá en el corazón,
colinas temblorosas de heliotropos,
riberas taciturnas de los sauces,
celestes primaveras de cerezos,
por vuestro encanto pasa el sueño de los niños,
como una brisa tibia de atónitos venados,
mientras aquí en las hondas soledades nocturnas
yo soy la sombra que fluye entre las hojas

Liras

Llanto, llanto profundo,
te escucho como un salmo en lo vivido,
en la noche del mundo,
en su costado herido,
como un niño sangrando en el olvido

Alma, afán solitario,
eres la noche misma en los olivos
de un antiguo calvario,
hiriéndote de vivos
metales por los cielos fugitivos.

La madre y el mendigo,
el animal doméstico y la esposa
el hijo y el amigo,
bajan por la ardorosa
colina de la noche rumorosa

Voces, voces nocturnas,
oscuras frente al viento de la aurora,
guitarras taciturnas
hundidas en la hora,
seguidme hasta la luz que me devora.

La tristeza abandona
su penumbra estrellada de violines,
y vuelve y se corona
con voz de querubines
en mi sereno valle de jazmines.

Dolor, dolor del mundo,
que has pasado la noche en la pobreza,
de ti, en la sombra, inundo
mi inclinada cabeza,
callado me elevo en tu tristeza.

Vicente Gerbasi y su Ejemplo

Por Jorge Gaitán Durán — Especial Para EL TIEMPO

ENTRE tánta sombra que quiere transmutarse en luz sin conseguirlo nunca, entre tánta retórica que aspira a ser misterio y poesía, un poeta integral, riguroso, honrado, es un caso casi único, y produce una excesiva corriente de afinidad emotiva aun cuando trate de él también una crítica integral, rigurosa y honrada. Pueden círse muchas voces de loa para los pequeños acróbatas líricos —y actualmente las estamos oyendo con exagerada constancia—; puede pasar desapercibido el gran hecho poético y tener resonancia exterior lo circunstancial y adjetivo; puede, en fin, olvidarse el profundo temblor humano, la tremenda fuerza vital, ante el breve oropel sentimental; pero quien está atento sobre el problema de la poesía y maneja sus materiales imponderables, necesariamente debe distinguir entre la verdad y la falsificación, siempre sabrá dónde se encuentra el lírico auténtico. ¡Ay de los críticos adocenados que tratan de volver oro lo que sólo es pobre barro!, como dice el evangelio; más les valiera no haber nacido. El engañador será a la larga el engañado, y en la hojarasca vana creerá poseer la vívida flor. Tal pecado no tiene redención porque se créa una atmósfera general de error, un ambiente de valores malsanos. En nuestro medio estamos asistiendo a una tremenda etapa de irresponsabilidad. Ha desaparecido la crítica fundamentada y se escuchan los juicios más dislocados; así hace poco se afirmó seriamente que el epígono más notorio de un gran poeta de Piedra y Cielo era superior a éste. Por todo esto se ha tornado muy difícil separar lo esencial poético de la mixtificación y de la gloriola. Pero entre tánto desbarajuste y mediocridad nada más maravilloso que hallar un poeta verdadero, y llegar hasta él no solamente a través del sutil contacto de su obra, sino también empapándose de su calor humano y de su empuje personal. Tal es la situación de Vicente Gerbasi y su condición admirable en este tiempo que ha vivido entre nosotros. Pocos casos se dan de una vida tan compeltamente entregada al ejercicio poético, de una atención tan devota sobre las secretas fuerzas que dirigen el sér, de una tan lúcida aventura en las profundidades del corazón y de la sangre. Pocos casos de una sinceridad tan honda, de una voz tan absolutamente desprovista de toda vanidad y brillo sobrante; y casi ninguno de una generosidad tan amplia con los demás y a la vez un rigor tan fuerte consigo mismo. Les ha tocado en buena hora a los poetas colombianos de la última generación tener el ejemplo espléndido de su existencia y de su obra. Gerbasi ha producido aquí algunos de sus mejores poemas. Recordemos su canto a las salinas de Zipaquirá, donde el mundo físico se confunde con lo subjetivo y desconocido, donde se desciende hasta simas extrañas y subfondos inasibles. Recordemos "Agua que se precipita", en donde aún se va más hondo, hasta tocar el abismo con sus potencias ocultas:

Puerta soy de la sombra, taciturna
vivienda de las voces solitarias.
Silvestres crisantemos me rodean.
Por eso reconozco los que bajan
al frío de los hondos aposentos,
a los lechos nupciales de la sombra.

No es ésta la poesía tocada por el misterio? Y sin embargo, hallamos lúcida la esencia, asible ante el pensamiento. El misterio está ahí, se le puede tocar sin que deje de ser misterio. Entonces sí la claridad no excluye el hechizo, si se alcanza a expresar todo sin necesidad de recurrir a la mezcolanza y a la fácil oscuridad; por qué esos inmensos piélagos retóricos donde nada se dice, donde sólo existen frases hechas sin contenido vital, con el infaltable revestimiento de lo que se ha dado en llamar hermetismo? Esta pregunta se le debe plantear a la mayoría de los jóvenes poetas colombianos, presentándoles como extremo opuesto un vigoroso lírico, lleno de verdad y altura, igualmente inclinado sobre su raza y su tierra como sobre su propia soledad. Lo que importa en la poesía es la honradez, el conocimiento exacto de que se está haciendo poesía y no retórica, el abandono de todo truco y de toda literatura preestablecida con giros y vocablos hechos sobre medidas. Esto, es decir lo importante, implica además el empaparse del medio circundante, del hombre, de la condición del siglo. Es inútil insistir en las formas exhaustas del siglo de oro cuando se está cumpliendo una época donde todo tiende al infinito y a la libertad, donde todo crece desgarradoramente hasta echar a una lado el drama personal y radicarse definitivamente en lo universal. Es inútil seguir haciendo "poesía pura" a la manera de Valery o de Juan Ramón —ellos sí poetas gigantescos—, cuando se vive en un continente colmado de materias turbias, de mareas populares, de tempestades poderosas; cuando el mundo se retuerce entre guerras y tragedias metafísicas. La poesía está en todas partes y no puede circunscribirse a determinado ambiente. Está tanto en la gran angustia de una raza como en el fino momento amoroso. Su materia prima es la humanidad, después es que viene el proceso de conciencia transformadora, el prodigioso tamiz intuitivo de donde brota el límpido raudal lírico. Hay que esencializar la poesía, pero nó limitándola dentro de determinados cánones y haciéndola hermética voluntariamente a fuerza de inasible, sino precisamente desnudándola de esa flora literaria que no tiene ningún contacto con la vida y la realidad. Para que la poesía sea misteriosa debe existir el misterio, lo inicuo es que éste se finja por medio de la oscuridad exterior y de la confusión del lenguaje.

Indudablemente el más alto mérito de Vicente Gerbasi es su condición de intérprete de América. Su poesía es una conjunción de lo telúrico y de lo esencialmente humano, de lo objetivo y de lo subjetivo, es decir se acerca a la síntesis total, al ideal de lo unitivo poético que a la larga viene a ser el gran hecho decisivo. No ha llegado todavía a la poesía de Gerbasi el momento de la depuración, el instante en que las materias dispersas comienzan a ordenarse bajo el invisible mandato de la limpidez; así como tampoco ha llegado para la obra de Neruda ni de ningún otro de los grandes poetas del continente. Tal característica —positiva en los maestros pero terriblemente negativa en los discípulos— es apenas el reflejo fiel de nuestro tiempo y de nuestro medio. Estamos acabando de vivir épocas de contradicción y de caos, de tendencias antinómicas, de desastres interiores y exteriores, de lucha —como tantas veces se ha repetido— entre el individualismo y el colectivismo. Todos estos factores tienen que proyectarse fatalmente sobre el arte. Ahora bien, dentro del juego dialéctico de los contrarios históricos, cuando termina la turbulenta batalla de los sistemas, se inicia una era de rigor, de cosmogonía, de orden, de líneas exactas y severas. La poesía del porvenir tendrá que ubicarse dentro de estas normas. A pesar de los amagos de guerra y destrucción el mundo se está orientando, el caos está desapareciendo. Las ideologías definitivas comienzan a hallar su alborada por encima de la confusión y del espanto. Y a la vez con la nueva edad se acerca para la poesía una esplendorosa florescencia. La síntesis existente en la poesía de Gerbasi es un germen apreciable para encajar dentro de la poesía del futuro y seguir sus rutas de pureza, de justo medio, de armoniosa medida, y más que todo de verdad presente y universal para todos los hombres y no solamente para minorías selectas. En "Mi padre el inmigrante" se encuentran verdaderos momentos de extremada claridad, de incomparable belleza:

Tu aldea en la colina redonda
bajo el aire del trigo,
frente al mar con pescadores en
la aurora,
levantaba torres y olivos plateados.
Bajaban por el césped los
almedros de la primavera,
el labrador como un profeta joven,
y la pequeña pastora con su rostro
en medio de un pañuelo.

Estamos aquí frente a la poesía. La única, la inmutable, sin mezcla extraña, pero exprimida de la tierra, de la vida, de la impureza divina de lo humano.

Desde luego nadie puede disputar a Vicente Gerbasi el primer sitio dentro de la moderna poesía venezolana. Quizá Otto de Sola lo iguala en el profundo sentido americanista; en el contacto con su pueblo, con el suceso heroico, con la flora y la fauna del trópico. Quizá Lizcano puede llegar como él hasta el linde mismo de lo desconocido, hasta asomarse al misterio, a través de la realidad onírica. Pero ninguno de sus contemporáneos realiza a cabalidad como él lo unitivo poético que da la calidad definida, la esencia perdurable. Gerbasi, gran poeta nato, ha seguido un magnífico proceso de superación, sólo interrumpido por sus "Liras" de buena factura pero limitadas en su proyección lírica, como sucede casi siempre con las formas que han sido tratadas exhaustivamente. Tal proceso empieza a tener contornos definitivos en "Bosque doliente" y culmina en "Mi padre el inmigrante", donde se plantea admirablemente esa síntesis total —de que ya se ha hablado— entre lo telúrico y lo humano, entre lo objetivo y subjetivo. Síntesis que viene a ser la característica más valiosa de Gerbasi:

La tierra nos reclama más cerca
de sí misma,
más cerca del sueño en que la
vemos.
Ráfagas solitarias se acercan a
mi frente,
donde la noche mora temblando
en los jazmines.
Fugaces resplandores pasan entre
mis huesos,
mientras voy escuchando mis
pasos en el polvo.
Avanzo, clamo, caigo, y yo mismo
levanto
mi cuerpo abandonado.

Obviamente de la juventud prematuramente madurada, plena de recursos y elementos, del poeta, se pueden esperar más altos y abundosos frutos. En la poesía sólo las formas envejecen, la gran corriente lírica sigue intacta, ascendiendo más y más hasta un límite imponderable que puede no existir, como lo pensaba Holderlin. Gerbasi ha producido últimamente sus mágicos nocturnos, colmados de extrañas músicas y de un lunado ambiente sobrerreal.

Ahora Vicente se nos va. En realidad estas breves meditaciones tienen un carácter de despedida. El ha echado raigambres hondas entre nosotros, raigambres de americano que se van asiendo fuertemente en su continente, que van buscando en toda oquedad esa escondida y prodigiosa savia donde palpita la verdad vital. Poeta de su tiempo, hombre de su tiempo, en ambas situaciones merece la completa admiración que tánto se debe escatimar y pesar dentro de la actual algarabía melódica. Es difícil encontrar un poeta así: grande, hondo, honrado; y un hombre así: sencillo, vigoroso, rebosante, con una generosidad que parece haber sido sacada de la misma tierra, pues como ésta es ancha y luminosa. Ofrecerlo como ejemplo a los jóvenes poetas colombianos, que tánto pudieron aprender de su poesía sincerísima y de su cordial humanidad, es un homenaje sin precedentes.

JORGE GAITAN DURAN.